

pes protestantes: "El rey confiesa que ha errado en materia de religion, y reconoce que los Alemanes que siguen á Lutero profesan LA VERDADERA CREENCIA (1); y como ha sabido que el emperador quiere llevarlos por fuerza al catolicismo, les ofrece su apoyo para mantener su libertad." Y no se limitó Francisco I á esta profesion de fe. En 1535, reunidos los protestantes de Esmalcalda para concertar su union, se presentó allí un embajador del rey de Francia á ofrecerles los servicios de su amo y señor; entró en conferencia con los teólogos acerca de los dogmas que los separaban de la Iglesia ortodoxa, y se halló que reinaba un perfecto acuerdo de opiniones entre el rey cristianísimo y los reformadores. El jesuita *Maimburgo*, no pudiendo creer en tanta hipocresía, acusa á los historiadores protestantes de haber inventado aquella conferencia; pero nosotros tenemos el proceso verbal auténtico, que no deja duda alguna respecto al indigno artificio empleado por Francisco I para engañar la bonhomía alemana (2). Por el mismo tiempo, el rey caballero negociaba con Carlos V para obtener á Milan y le proponía someter á los protestantes por la fuerza. Decía en la misma época al legado que no convenía entrar en discusion con los novadores, puesto que no se trataba de oírlos, sino de obligarlos (3). Francisco I tomaba, en efecto, medidas en su reino para exterminar aquella desdichada secta luterana (4). Y mientras que tenía ese lenguaje en Francia y á él acomodaba sus actos, continuaba manoseando á los protestantes, exhortándoles á permanecer firmes en su creencia y asegurándoles su apoyo. Los mismos historiadores católicos pronuncian la palabra *fraude* para caracterizar aquella política desleal (5).

Hé aquí cómo Francisco I fué el protector de la Reforma. Hemos dicho en otra parte que la misión de la Francia en sus luchas religiosas de los siglos XVI y XVII fué la de no ser protestante ni católica. Francisco I obedeció como instrumento á los designios de Dios: contribuyó á salvar el

(1) Informe del arzobispo de Lundén á Carlos V, 12 de Noviembre de 1536 (LANZ, *Correspondencias*, t. II, p. 144.)

(2) BRETSCHNEIDER, *Corpus Reformatorum*, t. II, p. 1014.

(3) «Qui debeant cogi ad officium, non audiri.» RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1540 (t. XIII, p. 534).

(4) FLOQUET, *Hist. del parlamento de Normandía*, t. II, página 236.

(5) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1540, t. III, p. 587: «Et etiam fraude rex usus est, ut licet persecueretur hæreticos, litteras ad protestantes principes scriberet, eorum sectam ingrattam sibi non esse, hortareturque ne conciliarentur Ecclesiæ.»

protestantismo en Alemania; y al mantener violentamente en Francia el catolicismo, le arruinó protegiendo el Renacimiento, que iba más adelante que la Reforma. Pero esta gloria es de Dios, no es del hombre. En vano buscaríamos un título de gloria para Francisco I; no encontramos más que una excusa á sus infinitos errores, la de que sus defectos son la expresion del carácter nacional. Se le llama el rey caballero, y, en efecto, tiene la bravura del caballero; pero es una genialidad penderciera, sin objeto y sin regla. "En Francia no se estiman los nobles y los príncipes que no aman la guerra y que no la buscan, dice un embajador veneciano, (1): "¿Á qué queréis que se dedique, exclama *Montluc*, un buen corazon noble y generoso, sino á las armas? Un príncipe de corazon no debe estar nunca contento si no las lleva adelante; es tan grande la tierra, que aún hay mucho que conquistar." *Montluc* incita sin cesar á la guerra á su rey: "No es preciso, le dice, renovar la guerra de los Santos Lugares, porque ya no somos tan devotos como las buenas gentes de los pasados tiempos. Vale más ejercitarse en el nuevo mundo ó pelear con los vecinos, reclamando el ducado de Milan ó el reino de Nápoles, (2). Tal era el espíritu de la nacion, la guerra por la guerra, una necesidad de movimiento y de lucha. En ello se mezclaba la ambicion; pero la razon de Estado era desconocida. Se preferían las expediciones lejanas porque daban más gloria; constituían la poesía de la guerra. Si se quiere dar á esa tendencia irreflexiva, casi material, el nombre de caballerosidad, se puede muy bien llamar á Francisco I el rey caballero; pero esa misma gloria merece, si gloria hay en ello, cualquier soldado.

N.º 2.—La Inglaterra.

El papel de Inglaterra en las luchas que agitan el continente parece trazado por la naturaleza de las cosas: su posición insular y el buen sentido de sus habitantes la han impedido y la impedirán siempre entregarse á locas aventuras, y no ha podido ni querido aspirar á la monarquía universal. Pero la independencia y hasta la existencia de la

(1) «Che non solo non ami, ma non cerchè e procurè la guerra» (TOMASEO, t. II, p. 236).

(2) MONTLUC, véanse sus *Memorias*, en PETITOT, t. XXII, páginas 226, 551, 294.

nación inglesa podrían verse comprometidas, si un Estado continental adquiriese un poder preponderante y tal, que no dejase á los otros pueblos más que una apariencia de libertad. Por eso la Inglaterra está llamada á intervenir en las guerras del continente, cuando éstas afectan al principio de las nacionalidades. Hé ahí por qué Inglaterra fué el alma de las coaliciones que se formaron contra Luis XIV y contra Napoleón. Una misión análoga tenía que cumplir en el siglo XVI: Francia y España eran igualmente temibles para los ingleses, si una de esas potencias se sobreponía á la otra. Al interés político se unía el interés religioso: la Reforma había penetrado muy pronto en las Islas Británicas; la raza inglesa, individual por excelencia, había nacido protestante, por decirlo así; y el mismo rey se hizo reformador á su modo, separándose de Roma y produciendo un cisma de consideración. España, por el contrario, se puso á la cabeza de la reacción católica, y también en Francia se levantó el cadalso para los protestantes. Era evidente que la monarquía universal de Francia ó de España hubiera ahogado el protestantismo en Inglaterra y en todas partes. Tales eran los poderosos motivos que á la nación inglesa estimulaban para intervenir en la lucha de Francisco I y de Carlos V. Cierto es que Enrique VIII tomó partido tan pronto por uno como por otro de los dos contendientes; pero se le concedería un honor que no merece si se atribuyen sus variables alianzas á miras de equilibrio político.

En el siglo XVI gozaba la Inglaterra el beneficio de un gobierno representativo, si bien el despotismo de los Tudors alteraba grandemente aquel régimen; en realidad, el parlamento expresaba mucho menos la voluntad de la nación que la del rey. Fué, por lo tanto, la ambición conquistadora de sus príncipes la que extravió á la Inglaterra en los siglos XIV y XV, comprometiéndola en una larga lucha con Francia, lucha en la cual la victoria la hubiera sido más funesta que la derrota, porque la reunion de dos reinos en un mismo príncipe hubiera producido la consecuencia de subordinar la Inglaterra á la Francia. Felizmente la victoria era imposible. Los Ingleses, despues de haber andado buena parte de tan mal camino á la zaga de sus reyes, se retiraron á su isla para entregarse al desarrollo de su genio particular. Pero la guerra extranjera había dado á la monarquía una prepon-

derancia que estuvo á punto de ser fatal á la libertad de Inglaterra; la guerra civil acabó de agotar las fuerzas de la nación; y cuando los Tudors la dieron la paz, estuvo en poco que no fuese la paz del despotismo. Esto demostrará que la política de los reyes de Inglaterra fué tan personal como la de los otros príncipes y no ménos contraria á los verdaderos intereses de la nación.

Nada más miserable ni más odioso á la vez que la política de Enrique VIII, si política se puede llamar la ausencia de toda idea, el reinado del capricho en toda su inconsecuencia y de la pasión en toda su brutalidad. Francisco I y Carlos V se disputaron vivamente su alianza. La Inglaterra aún tenía todavía un pié en Francia; poseía á Calais y el condado de Guines, lo cual la procuraba la facilidad de poner un ejército en el continente; su intervención podía ser fatal lo mismo á Francia que á los Países-Bajos. Hacía siglos que Inglaterra era aliada de la Casa de Borgoña, de la cual era heredero Carlos V; intereses comunes y el odio á la Francia habían unido á los dos Estados. Enrique VIII se inclinaba por la alianza española, sin reflexionar que una cosa era la posición del ducado de Borgoña y otra muy diferente la de la poderosa monarquía de Carlos V. El rey de Inglaterra debía ser aliado de los vecinos de la Francia, cuando esos vecinos fuesen débiles; pero cuando el duque de Borgoña iba á ceñirse la corona de España y la del santo romano imperio, la política inglesa no estaba en el caso de variar con las circunstancias. Enrique VIII se dejó llevar de la ambición de conquista, que era la pasión de todos los príncipes en el siglo XVI. Todavía se daba el título de rey de Francia, y se imaginó que el título podía llegar á ser una realidad. De esta manera lo que había sido impracticable en medio de la monarquía feudal que á últimos de la Edad Media debilitó la Francia, pensaba realizarlo Enrique VIII en el momento en que Francia, fuerte con su poderosa unidad, se disponía á conquistar y estaba bien lejos del peligro de ser conquistada. Pero tal fué, sin embargo, el objeto de la alianza que hizo Enrique VIII con el emperador Maximiliano despues de la batalla de Marignan. El momento estaba singularmente elegido, y no prueba más el sentido político del rey de Inglaterra que el de su aliado alemán.

Acababa Carlos V de disputar la corona imperial á Francisco I: no hacía un misterio del objeto

de su ambición, que era la de hacer una formidable realidad su título de jefe temporal del mundo cristiano; pero comprendía que si la Inglaterra tomaba partido en favor de la Francia, su dignidad continuaría siendo un nombre vano. Hé ahí por qué Carlos V empleó todas las seducciones de su diplomacia para ganar á Enrique VIII. Francisco I hizo otro tanto. El rey de Inglaterra era avaro y orgulloso, y tenía un ministro no ménos avaro y mucho más ambicioso. Francisco I creyó ganar al amo y al servidor prodigando el oro: prometió al primero una suma de 600.000 coronas, que equivaldrían hoy á más de treinta millones, y compró á Wolsey por una pensión de 12.000 libras, insinuándole, además, que tenía catorce votos en el colegio de cardenales, y que si el rey de Inglaterra se unía á él, dispondría del papado y del imperio. Carlos V tenía más suerte que Francisco I en esa especie de subastas, porque también ofrecía oro á Enrique VIII, y le hacía esperar conquistas en Francia y tal vez la corona que había llevado uno de sus predecesores. Por lo que hace á Wolsey, el hábil prelado sabía perfectamente que un emperador de Alemania, rey de España y de Nápoles á la vez, tendría más influencia en Roma que un rey de Francia. Los Ingleses han sido siempre excelentes calculadores, y comprendieron que la ventaja estaba evidentemente de parte de la alianza española. Inútil fué que Francisco I desplegara todos los atractivos del ingenio francés en la célebre entrevista del campo del *Paño de Oro*: Enrique VIII, tan desleal como codicioso, aceptó un subsidio anual de cerca de tres millones de francos; pero apenas hubo vendido su amistad al rey de Francia, se puso á tratar con Carlos V. La corona de Francia valía mucho más de tres millones anuales, y renunciar á su ambición por semejante cantidad era un mal negocio. Enrique VIII creyó ser un profundo político aliándose con el emperador; la lucha de Francisco I contra su poderoso rival terminaría por debilitar á aquél; y entonces él, como heredero de los Plantagenet podría recobrar la Guena, la Normandía, y ¿quién sabe? la Francia entera. Cuando en España se levantan castillos en el aire, lo único que cuesta algo es dar el primer paso; lo demás viene de suyo. Y, en efecto, se creería estar soñando cuando se oye decir á Enrique VIII seriamente que esperaba reinar en Francia. El cardenal Wolsey lisonjeaba tan loca ambi-

ción, y formaba planes de campaña, y hallaba que el camino de Calais á París era fácil. Por su parte, el papa hacía cuanto le era posible para allanar el camino, y hasta redactó una bula en la cual desligaba á los súbditos de Francisco I del juramento de fidelidad (1).

El astuto Wolsey contaba más con la corona pontificia para sí que con la corona de Francia para su señor. Pero uno y otro vieron desvanecidas sus esperanzas. Dos veces vacó la santa sede, y dos veces se vió engañado el cardenal inglés, que juró por ello un odio á muerte á Carlos V. La batalla de Pavia le dió un pretexto favorable. Aterrados por la victoria del emperador, los Estados italianos formaron una liga contra él, liga que se llamó santa porque era su jefe el papa; Enrique VIII fué declarado protector; pero ni la santidad de la liga bastó al rey de Inglaterra y á su ministro para empeñarles en ella; fué necesario prometerles, al rey un principado en el reino de Nápoles; y á fin de que no fuese un principado ridículo, hubo cuidado de estipular que debía producir una renta de 30.000 ducados; á Wolsey se le prometieron tierras por valor de 10.000 ducados (2). ¿Entraba acaso alguna idea de equilibrio en ese cambio de política? El ministro inglés tuvo buen cuidado de dar ese colorido á su deseo de venganza, é hizo ver á su amo que Pavia era el primer escalon de la monarquía universal, y lisonjeó, además, su vanidad diciéndole que sólo Inglaterra podía impedir á Carlos V que realizase su ambición. Los contemporáneos tomaron esas palabras por lo serio (3). Verdad es que la alianza de Inglaterra con Francia contra el vencedor de Pavia estaba hasta tal punto reclamada por el interés político, que era natural suponerla dictada por los cálculos del equilibrio. Pero no es ménos cierto que el primer pensamiento de Enrique VIII despues de la batalla de Pavia fué la conquista de Francia. En la derrota de Francisco I creyó ver la mano de Dios; é interpretando en su favor los designios de la Providencia, creyó que el no aprovecharse de la ocasión que el cielo le ofrecía era faltar al To-

(1) Véanse las pruebas auténticas de esas locuras en MIGUET, *Rivalidades de Francisco I y Carlos V*, y en RANKE *Deutsche Geschichte*, t. II.

(2) ROBERTSON, *Hist. de Carlos V*, lib. IV.

(3) DU BELLAY, *Memorias*, véase á PETITOT, t. XVIII, pag. 5; «El rey de Inglaterra, temiendo el excesivo engrandecimiento del emperador, cambió en amistad la malevolencia hácia el rey.»

§ III. — El papado.

N.º 1. — La política de los papas.

En el siglo XVI, los papas todavía tenían una política é intervenían en las guerras de los reyes, señal de que aún les quedaba alguna vida. En el día reina el silencio de las tumbas allí donde rebosaba la vida en la Edad Media; preguntar en el siglo XIX cuál es la política de los papas sería una amarga ironía. La irremediable decadencia de Roma cristiana tiene su origen en la monarquía universal que había querido establecer á pretexto de religión. En el siglo XVI, los papas se llamaban siempre, con los emperadores, los jefes de la cristiandad; pero estas eran palabras vacías de sentido, una vana sombra de un pasado glorioso. Los reformadores abrieron una gran brecha en el poder espiritual de aquel que pretendía ser el vicario de Dios; y en cuanto á su poder temporal, hacía ya tiempo que sólo existía en las obras de los canonistas. Son ya las naciones en aquel siglo las que reinan y las que luchan entre sí; y por mejor decir, son los príncipes que las representan, aunque imperfectamente. Hay tendencias á reconstituir la unidad bajo la forma de monarquía universal; hay oposición insintiva de las nacionalidades contra aquellas ambiciosas tentativas; hay, sobre todo, un movimiento general de los Estados para extender su poder. ¿Cuál es el papel de los papas en ese campo de ambiciones que se cruzan y se pelean? Potencia de los tiempos pasados é inmutable por su naturaleza, la sede pontificia debía atenerse al mantenimiento de la unidad tal como se había desenvuelto en la Edad Media. La Reforma amenazaba destruir la unidad católica, y los papas la hicieron una guerra á muerte; no retrocedieron ante ningún medio; las hogueras, las conspiraciones, el asesinato mismo, todo era lícito á sus ojos cuando se trataba de la causa de Dios, es decir, de su dominación. Para combatir la Reforma, se vieron obligados á apoyarse en los príncipes que se habían puesto á la cabeza de la reacción católica. La Casa de Austria, que había confundido sus intereses con los de la antigua religión, quería levantar la monarquía universal sobre los fundamentos del catolicismo; los propósitos del papa y del emperador eran los mismos; pero el interés del soberano pontífice, como

dopoderoso. Enrique pidió el concurso al papa para aquella santa empresa, á pretexto de que la destitución de Francisco I sería el único medio de poner paz en el mundo cristiano. También trató de ganar al emperador, ofreciendo restituírle lo que la Francia había usurpado á la Casa de Borgoña y al imperio. Despues de todo, decía, la Inglaterra y la Francia debían venir á parar á manos de Carlos V si éste se casaba con su hija María, conforme á lo pactado (1).

Hé aquí la política del rey de Inglaterra: es ciega á fuerza de ser egoísta. Despues de la victoria de Carlos V en Pavia, el más vulgar buen sentido aconsejaba á Enrique VIII el que se uniera á Francisco I y á los Estados de Italia contra el emperador. ¿Qué hizo Enrique VIII? En lugar de oponerse al creciente poder de aquél, propuso aumentarle desmembrando la Francia. Ciertamente es que se tomaba para sí la mejor parte; pero ¿cómo no veía que, aun suponiendo victoriosas sus armas, sería precaria su conquista, en razón al excesivo poder de Carlos V? ¿Y qué decir del extravagante proyecto de reunir las coronas de Francia y de Inglaterra en las sienes de aquel que ya era rey de España y de Nápoles, duque de Borgoña y emperador de Alemania? Pues hé ahí la monarquía universal; ¡y es un rey de Inglaterra el que hacía la oferta á la casa de Austria! ¿Se podrá sostener despues de esto que la política de Enrique VIII era mantener la balanza entre Francisco I y su rival? No; ni siquiera se veía en semejante conducta el sentimiento de la independencia nacional, tan acentuado en la raza inglesa; Inglaterra, como Francia, hubiera desaparecido en una monarquía cuyo jefe habría sido el rey de España; y naciones que hacen la gloria de la Europa se hubieran visto ahogadas en su cuna. Proyectos insensatos de los que ni aun deberíamos ocuparnos un instante, por ser tan irrealizables como criminales. Dios veló porque la peligrosa union de Enrique VIII y de Carlos V se deshiciere; las mismas pasiones del rey y de su ministro desbarataron sus proyectos. Al separarse de Roma dió el rey la más fuerte garantía á la independencia nacional, que estuvo á punto de sacrificar á su loca ambición.

(1) ELLIS, *Letters illustrative of english history*, serie 2.ª, t. I, página 327.—RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. II, págs. 329 y sig. y RANKE, *Englische Geschichte*, t. I, p. 156-158.